

CUADERNOS

COLECCIÓN

Cultura y Sociedad
Nº 2

***El lema histórico:
San Martín-Rosas-Perón***

Angel Núñez

Toda interpretación intelectual sobre el país necesita remitirse a la historia. La historia nos muestra el presente: cómo llegamos a lo actual, en qué geografía nos encontramos en relación con los países dominantes, en cuál proceso estamos insertados... y por consecuencia qué trampas nos hicieron, así como quiénes fueron los grandes jefes de los procesos positivos que con el acompañamiento del pueblo, van configurando la Nación.

El llamado *pensamiento nacional* ha utilizado una frase que sintetiza grandes hitos históricos argentinos. Son tres nombres cuidadosamente elegidos. No es que no haya otros, pero la necesidad de síntesis, propia de un lema, los ha reducido a tres: San Martín-Rosas-Perón.

¿Tiene vigencia esta propuesta esquemática, o ha sido superada por los nuevos tiempos históricos? Para el pensamiento nacional la referencia a la historia es absolutamente fundamental porque nos muestra el país real, el que nosotros vivimos. Cualquier fórmula que nos remita al mismo tiene validez.

En la hora de los pueblos, los países colonizados del mundo iniciaron el camino de su liberación, y dentro de ese hecho mundial se insertan América Latina y el Caribe, que desde la época de la expansión europea (siglo XV) luchan por su independencia política, económica y cultural. Y uso el tiempo presente —luchan— porque es un proceso en marcha, con grandísimos logros pero con muchas tareas pendientes. Por eso se han creado conceptos tales como “segunda independencia” (Martí, Ugarte), “independencia económica” o “liberación nacional y social”, que con enfoques diversos aluden a las carencias que continúan.

Las rebeliones indígenas contra la colonización española, portuguesa, francesa y de otros países europeos no lograron, salvo en Haití, el triunfo militar.

La comunidad colonial resultante de la transculturación efectuada por los países dominantes, se vio en la necesidad de elaborar una autoconstrucción liberadora que sirviera para gestar una nueva sociedad, ni puramente indígena ni europea: la *sociedad criolla*, que tuvo según las regiones y el peso de las culturas autóctonas, resultados diversos, pero que conservó rasgos esenciales compartidos.

A partir de la sociedad criolla se forjaron las actuales naciones de la América Latina y el Caribe. En la Argentina el modelo liberador fue el de la república federal.

Nuestros pueblos cruzan los siglos XV al XIX conformando una nueva cultura, que debía sacarse de encima la Colonia que dominaba sus territorios y sociedades. Se

exigía una lucha militar para derrotar el poder opresor, y una nueva organización republicana para retomar el gobierno y las riquezas que el colonialismo saqueaba. Y había que hacerlo inventándolo todo y superando las tretas del ocupante. Porque el colonizador y el colonizado parecían ser iguales, compartían idiomas –incluidos los indígenas–, valores y religión, y estaban insertados en un lugar de la sociedad que aparentaba armonizar con el todo.

La lucha cultural

De allí que la primera lucha fuera cultural: los colonizados compartían valores pero levantaron la bandera de la independencia, de disponer por sí mismos de sus riquezas, sin mita ni esclavitud -lo que significaba dignificar a los indios y a los afroamericanos-, y con derechos para los criollos aquí nacidos.

La Revolución de Mayo abrió un complejo proceso, que, podemos decir, todavía dura. La cuestión social planteó la lucha por el poder entre los ideales de Artigas y los de Rivadavia, entre la justicia social o un orden neocolonial de rígidas estratificaciones.

Pero dado el grito, instaurado el gobierno patrio, era necesario derrotar al ejército español para que la Revolución continuara. Y es el general San Martín quien toma esta tarea a su cargo. Era un militar formado en la mejor escuela española -no la había entre nosotros-, que poseía la capacidad profesional para organizar un ejército regular y disciplinado. Ejército que apunta al Perú, base del poder español, porque de nada servían triunfos parciales periféricos, si no se destruía el núcleo de la fuerza militar española.

Y triunfa, libera Chile y planta su ejército en Lima, sede del poder social y militar español en la América del sur. Es la etapa heroica del país: cuenta con un pueblo en armas coincidente y colaborador en el proyecto independentista.

Pero no es solamente un militar: gobierna en Perú y dicta medidas importantísimas. Tiene una visión de Patria Grande, con todas las regiones, gobiernos, virreinos y capitanías hispánicas liberados y unidos. Estableció el libre comercio con los países hispanoamericanos y en acuerdo con la Colombia bolivariana dictaminó la igualdad ante la ley de los ciudadanos de ambos Estados, inclusive para ejercer cargos directivos.

Pero la lucha por el poder interno complica las cosas, y abandonado por las Provincias Unidas del Río de la Plata (así se llamaba la Argentina), comprende que la Gran Colombia guiada por Bolívar tiene más posibilidades de triunfo militar, y cede el mando. Le deja el ejército al nuevo jefe, y se niega a entrar en la lucha civil de nuestro país: parte al exilio. No quería gobernar el país, sino libertarlo.

Exaltamos a San Martín por su grandeza moral, su clara visión política y sus triunfos militares y realizaciones sociales.

Sin el Ejército de Cornelio Saavedra -tropa española que toma el partido del gobierno criollo propio-, no hubiera sido posible la Revolución de Mayo, y sin el ejército de San Martín la Independencia. En la tradición sanmartiniana ha habido un ejército que apoyó las posiciones nacionales de Yrigoyen y de Perón, como hubo también un ejército antipopular que derrocó a Yrigoyen y a Perón. El Ejército como institución en sí misma no es garantía de nada, sino que depende de cómo se implanta en cada período histórico, porque sin duda que hay un ejército de la Independencia, único e irrepetible, que terminó con Lavalle —oficial sanmartiniano— combatiendo a Rosas; estuvo el ejército industrialista y creativo de Mosconi, apoyado por Yrigoyen, y también el ejército —o mejor dicho, las tres fuerzas armadas-- genocidas del llamado Proceso.

La entidad de las fuerzas armadas es uno de los desafíos que tiene por delante el proyecto nacional.

La Confederación Argentina

En el primer tercio del XIX el país estaba sumergido en la confusión. La guerra de la Independencia -en la que San Martín había tenido un papel principal-, terminó en 1824 con la batalla de Ayacucho. En la Argentina imperaba una lucha indefinida que sumió al país en la anarquía.

Las posiciones se polarizaron entre quienes buscaban una dependencia económica, y hasta militar, de la poderosa Inglaterra con una sociedad estratificada, y aquellos que levantaban la bandera del *imperium* del pueblo con derechos para todos. Unitarios y federales.

Se planteó -lo teorizó Sarmiento en un exitoso libro- una falsa opción: lo europeo, lo norteamericano, la raza blanca, el centralismo porteño eran la cultura, la

civilización. La tradición cultural sobre la que se había forjado la Independencia, el pueblo bajo que conformó sus ejércitos, los gauchos, el nuevo proyecto de la federación fueron denostados como la *barbarie*.

Los unitarios eran iluministas, formados en la cultura francesa y deslumbrados por Europa, aunque desearon continuar el centralismo virreinal con la hegemonía de Buenos Aires. Se trataba de un 'despotismo ilustrado' para superar la supuesta barbarie hispano criolla. Los federales eran historicistas, partidarios de un renovado tradicionalismo, y veían las provincias como una evolución positiva de instituciones hispánicas que debían ser el fundamento de la formación nacional. Las consideraban "la argentinidad preexistente".

Dentro del partido Federal surgió un jefe político de gran envergadura: el brigadier general Juan Manuel de Rosas, gobernador de la poderosa provincia de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Nación.

Rosas logró mediante acuerdos y pactos legales, una primera organización del país, pero que hubo que afirmar con inteligencia y mano dura contra enemigos aliados a las potencias del mundo, que bloquearon nuestro puerto: Francia e Inglaterra.

La gran crítica de los liberales fue que no sancionó una constitución, pero Rosas no creía que la Argentina pudiera organizarse con la redacción de un papel inútil, como habían sido las fracasadas constituciones de 1819 y 1826, unitarias y que no llegaron a aplicarse. Pero se preocupó de que un Pacto Federal entre las provincias fuera sí el fundante de la República, que se concretó en 1831: ese año nació la Confederación Argentina, una creación cultural autóctona.

En medio de la anarquía reinante Juan Manuel de Rosas construyó lo que en el lenguaje jurídico se denomina una dictadura. Es decir un gobierno legal, ajustado a derecho, al que se le otorgan poderes especiales para superar una etapa de dificultades. Era un dictador que sin embargo trataba de hacer sancionar sus actos por la Legislatura, salvo para aquellas decisiones cuya tremenda responsabilidad la ley había encomendado a su sola conciencia.

La *intelligentzia*¹ argentina estuvo contra Rosas, y esta leyenda negra de su oscurantismo la vivimos hasta hoy, a pesar de numerosos indicadores en contrario:

.....
1 Jaureche utilizó este término de origen ruso --que se usaba para caracterizar a las élites intelectuales--, para calificar a los pensadores argentinos colonizados por el encuadre europeo.

entre otros ejemplos, mencionemos que Francisco Javier Muñiz, el primer sabio argentino –médico, paleontólogo, geólogo, geógrafo, zoólogo y filólogo-- fue un fervoroso rosista.

Y los aliados de Rosas -con algunos cortocircuitos, sin duda-, eran los caudillos del interior con cuya asociación se logró esa unidad federal de hecho: Estanislao López (Santa Fe), el riojano Facundo Quiroga, Oribe de la Provincia Oriental, Aldao (Mendoza), Ibarra (Santiago del Estero), Benavídez (San Juan).

El liberalismo unitario jugó toda sus fichas para derrotar a Rosas, para aceptar los planes que Inglaterra había previsto para nosotros, y que Rivadavia había encarnado. Todos hemos estudiado en esa escuela de la leyenda negra de Rosas, enfrentado por la santidad unitaria, aliada a las potencias imperiales del momento, que apoyaron a Lavalle para invadir el país. Pero el pueblo lo repudió y tuvo que irse.

En Rosas rescatamos el saber escuchar la voz del pueblo, porque fue un gobernante muy popular y querido; su férrea voluntad para organizar el país e irlo conformando como una unidad incluyendo a todas las regiones; y, finalmente, el haber resistido con éxito dos bloqueos de las grandes potencias, Francia e Inglaterra. Por eso el general San Martín le dejó en su testamento en herencia su simbólico sable triunfador, elogiando su defensa de la soberanía del país.

La lucha militar

Contradictoriamente, fue un gran jefe federal quien realizó la empresa de derrocar a Rosas: el gobernador de Entre Ríos, Justo José de Urquiza. Hubo, como suele ocurrir, una traición desde adentro (el mismo caso será el de Menem).

Porque la dialéctica de la línea nacional es que está inmersa en una lucha: cultural, política, económica y militar. Era fácil ver el enemigo durante la Independencia. Pero era más difícil verlo después. Las realizaciones de Rosas se hicieron en guerra contra los ejércitos unitarios de Lavalle y Paz, y a Lavalle lo ayudó la flota francesa que bloqueaba a Buenos Aires transportando sus tropas, y también con dinero, porque a Francia (y a Inglaterra) les importaba la libre navegación de los ríos, que Rosas impedía. La línea nacional no es solamente una corriente de pensamiento abstracto, sino que se inserta en la lucha, militar o política, contra el liberalismo y el imperialismo, puesto que el objetivo del enfrentamiento fue imponer políticas, por las armas unos, por el poder popular los otros.

Urquiza no tenía fuerza militar para triunfar, y por eso se alió no solamente con el partido Unitario, sino también con el Imperio del Brasil, que le proporcionó tropas para la tarea. El federalismo rosista había penetrado en Brasil, y el emperador temía por la integridad de su territorio. También había apoyado ampliamente a los patriotas uruguayos que buscaban independizarse del Brasil.

Urquiza es una figura que representa uno de los procesos de traición política más significativos de nuestra historia. Llega como el gobernante que unificará legalmente al país mediante una constitución federal, que reincorporará al país a los intelectuales *proscriptos* de la época anterior -Sarmiento es su jefe de prensa-, y que suprimirá los excesos represivos de que se acusaba a Rosas.

En la batalla de Caseros (1852) derrota a Rosas, que sale al exilio. Pero el unitarismo, que tenía su propio proyecto político de incorporación del país a la distribución internacional del trabajo de cuño inglesa, no acepta sus principios federales y autonomistas.

Y en la discutida batalla de Pavón (1861), cuando ya Urquiza había aceptado las exigencias del poder liberal y unitario de Buenos Aires, finge una derrota que en lo político y económico se afirma como triunfo absoluto. A partir de Mitre –primer gobernador y después presidente– el liberalismo manda y también impone su visión de la cultura y la historia: Europa -excluida España- es la civilización, y la Argentina y América son la barbarie; la historia argentina es un conflicto entre el republicanismo liberal y el oscurantismo de la tiranía rosista, a la que hay que agregar el peronismo.

El lema que estudio, San Martín-Rosas-Perón pega un salto que va desde mediados del XIX hasta el fin de la llamada “década infame”, período de amplio espectro que pasa por el golpe militar de Uriburu en 1930 y llega al período de la formación del peronismo, gestado desde la revolución de 1943.

Saltea el imperio liberal en el país y el pleno sometimiento de nuestra economía a la de Inglaterra, triunfante con Julio A. Roca, cuando la *intelligentzia* se sentía parte del *Commowalth*.

No lo menciona el lema que analizamos, pero el nombre de Yrigoyen y su tradición republicana y popular merecen exaltarse, con todas las virtudes y también defectos que se quiera. Con el radicalismo la clase media penetró con pie firme en la política argentina, y trajo, de forma contradictoria –propia de toda su trayectoria

hasta hoy--, mensajes importantes del pueblo trabajador y de los desheredados.

Todo lo que estaba pendiente lo realizó el general Juan Domingo Perón durante sus gobiernos, y de allí la vigencia de su pensamiento y de su persona, guardada con devoción en el corazón del pueblo, y traicionada insistentemente por los continuadores del partido político que organizó, y que con nombres variados continúa hasta hoy.

Incorporó a la clase trabajadora a las estructuras del poder, y esa es la gran revolución social que realizó y que la izquierda sectaria no entendió. Realizó y proclamó la *independencia económica* del imperialismo inglés que dominaba nuestra economía, instauró la justicia social y organizó una política de defensa del imperialismo norteamericano que se desplegaba por estas tierras.

Amado por su pueblo, concretó con Eva Perón una unión pueblo-gobierno que dejó marcas que duran hasta hoy.

Lo traicionaron muchos de los que usaron su imagen y dijeron hablar en su nombre: Menem, Néstor y Cristina Kirchner, pero el Peronismo popular y doctrinario continúa vigente. Popular porque *el pueblo sigue amando a Perón y a Evita*, y doctrinario porque sus enseñanzas y su Proyecto nacional tienen vigencia, y son esas las banderas que hay que recoger y levantar.

El contra-lema liberal

Hubo uno muy utilizado por la propaganda oficial cuando en 1955 fue derrocado el general Perón. En oposición a la fórmula San Martín-Rosas-Perón se opuso el lema “línea Mayo-Caseros” para expresar los ideales del gobierno de la revolución que se adjetivó “libertadora” de la “tiranía” del que denominaba “tirano prófugo”, puesto que Perón había partido al exilio, luego de delegar el poder en manos del Ejército como institución que podía regular un inmediato equilibrio.

En el tema de un Mayo fundador estamos todos de acuerdo. Pero Mayo contiene elementos variados, de los cuales nacieron corrientes diversas. El pensamiento nacional rescata la tradición cultural, científica y hasta política –por ej. la institución del *cabildo* como célula social— hispánica. Y los valores religiosos derivados de esa cultura. Pero la lucha por la Independencia, antiespañola por definición, abrió cauce a otras ideas y al iluminismo imperante en Europa.

El pensamiento liberal es antiespañol, al que considera oscurantista: es la “leyenda negra” con la que se buscó denigrar la colonización española para justificar la británica y su continuación imperialista.

Basado en el iluminismo, pensó en un país inventado desde el comienzo, al que se podían imponer estructuras y convenciones europeas. Pensó el 25 de Mayo como un comienzo absoluto a partir del cual construir. Y si bien era cierto que era un comienzo, venía desde una tradición de resistencia indígena y de lucha política contra una Metrópoli opresora. La inmensa plata de Potosí se iba sin dejar nada en cambio. La esclavitud era rechazada por razones morales y religiosas, y los criollos reivindicaban un papel de liderazgo como un pleno derecho.

El iluminismo ahistórico fue el hito de las diferencias. Ese Mayo fue el que reivindicaron los golpistas de 1955, y sumaron el episodio de Caseros como una lucha contra una tiranía inexistente, como tampoco la había en 1853. Pero que decía, “vamos a volver a imponer nuestra política liberal, como se la impusimos a Urquiza después de Caseros”. Y en la propaganda que se pretendía imponer, se formulaba una acusación que mencionaba a “la segunda tiranía”, llamando así al gobierno del general Perón, vinculándolo con el del brigadier general Rosas. Intuición certera, aunque se dieran vuelta los valores, porque ambos gobiernos fueron legales, defensores de la soberanía y tuvieron amplio apoyo popular. Y compartieron el rechazo de la *intelligentzia* extranjerista (cipaya, se decía, crudamente, en los años 30).

En realidad, para decir la verdad, deberían haber mencionado la batalla de Pavón y no la de Caseros, porque fue aquella la que permitió derrotar con tropa nacional al interior federal, que tenía al Chacho Peñaloza y a Felipe Varela, entre otros como adalides.

Como figura, Urquiza encierra el cúmulo de contradicciones que muestra a un gran jefe federal, triunfante militarmente en Caseros y Cepeda, que se va progresivamente sometiendo a la política liberal de Buenos Aires, al extremo de aceptar la intervención de Buenos Aires en su propio territorio y zona de influencia sin ningún tipo de rebeldía. Esto motiva el rompimiento de López Jordán, su segundo en el mando, quien se levanta contra el caudillo entrerriano, que termina muerto en su propia casa al defenderse para no caer preso en manos de quienes se rebelaban contra él.

Pero la gran figura simbólica exaltada por el unitarismo es Bernardino Rivadavia,

un brillante intelectual que intentó someter el interior y transformar a Buenos Aires en una ciudad hegemónica sobre el país, moderna y laica: pasó la enseñanza primaria de las órdenes religiosas a la Sociedad Lancasteriana, y redujo la cantidad de conventos permitidos a franciscanos, dominicos y mercedarios. En 1821 inauguró la Universidad de Buenos Aires –que ya existía en los papeles–, donde se instala la cátedra denominada ‘Ideología’ para divulgar el pensamiento positivista. Hizo desde el gobierno de la provincia de Buenos Aires el célebre empréstito con la Baring Brothers y favoreció la presencia brasileña en la Banda Oriental. Mitre para exaltarlo -hacía falta una figura fuerte de Buenos Aires que contraponer a Rosas-, lo llamó “el más grande hombre civil de la historia de los argentinos”.

Valores compartidos

¿Qué nos ha mostrado este recorrido? Los personajes elegidos reúnen ciertos valores compartidos por los tres:

- Defensa de la independencia del país, sea de la metrópoli colonial (San Martín) o de los países imperialistas (Rosas) y neoimperialistas (Perón); entender que es el pueblo la base del poder político para realizar las empresas liberadoras, militares, políticas o diplomáticas: el pueblo en armas fue el sustento de San Martín, y el apoyo masivo de los humildes y de los trabajadores permitió las realizaciones de los gobiernos de Juan Manuel de Rosas y del general Perón, jaqueados por el liberalismo aliado a poderes extranjeros;
- Promoción de la justicia social, por eso en Perú San Martín elimina la servidumbre indígena (tributos, mita, encomiendas, y otros), libera los esclavos vinculados con la actividad militar, y declara la libertad de vientres a partir del día de la Independencia; Rosas desde la provincia de Buenos Aires hace con los indios una política de alianzas e intercambio, y al mismo tiempo expande la frontera, hecho fundamental para el control geográfico del país, puesto que el límite sur de la provincia eran las tierras indígenas que llegaban hasta la Tierra del Fuego;
- Los tres tuvieron como objetivo la grandeza de la patria, aunque exigiera renunciamientos y sacrificios y todos sufrieron largos o definitivos exilios.

El liberalismo rivadaviano fue el que le quitó el apoyo a San Martín para la realización de la guerra, y el liberalismo unitario fue también el que combatió a Rosas, como el neoliberalismo fue el que combatió a Perón.

El rescate de la figura de Juan Manuel de Rosas exigió un largo trabajo de la escuela del revisionismo histórico, que recolocó el conjunto de la historia argentina. Con Perón fue necesario también un esfuerzo cultural contra la colonización pedagógica, que lo ubicaba en la línea de las tiranías oscurantistas. El pensamiento nacional posee una dialéctica interna que lo tiene alerta para la defensa de los valores de la nacionalidad.

Rescatar estas figuras significa afirmar la conciencia histórica necesaria para comprender la evolución del país, al mismo tiempo que —aún con su simpleza—, la fórmula es una sentencia que encierra una doctrina.

COMISIÓN

PRESIDENTE

SANTIAGO CORDERO

VICEPRESIDENTE

ESTEBAN ROSSINI

SECRETARIA

MERCEDES DE LOS SANTOS

TESORERO

ROBERTO MAZZALLI

VOCALES TITULARES

ELBA CASSETTA

ANDREA ARRILLAGA

JOAQUÍN FERRERO

VOCALES SUPLENTE

ALEJANDRA LOPEZ

ROMINA RIGHETTI

REVISOR DE CUENTAS TITULAR

JUAN FOCARACCIO

REVISOR DE CUENTAS SUPLENTE

CAMILO CIPOLAT



ayresculturales

www.ayresculturales.org

Los CUADERNOS que edita la Asociación Civil constituyen un instrumento de pensamiento plural que invita a la reflexión sobre nuestra realidad, utilizando o difundiendo categorías del pensamiento nacional y de las concepciones políticas y filosóficas universales que lo han nutrido y lo nutren. No expresan una visión partidaria de los temas que en ellos se analicen, sólo pretenden, contribuir a la adecuada información y a la reflexión previa que aquella requiere cuando aspira a ser racional y eficaz. Nuestra visión respecto de la acción cultural, que siempre es Política -en el sentido de ser una preocupación por la Polis- aspira a generar los aportes y propuestas que contribuyan a comprender y transformar nuestra realidad.

OBJETO SOCIAL

La Asociación tiene por objeto desarrollar acciones de promoción de la cultura, en sentido amplio. Promoviendo la diversidad cultural, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en el país.

En particular realizar eventos de difusión de libros, temas musicales, leyes y/o proyectos de leyes de promoción, defensa y fomento de la cultura, de debate respecto de temas vinculados al objeto de la entidad, editar folletos, libros, revistas, periódicos, discos, audiovisuales y todo otro medio de difusión de obras culturales.

Propender a la visión, enseñanza, estudio, investigación, conocimiento, difusión, distribución, estímulo, práctica, exhibición, intercambio, apoyo, promoción, producción, desarrollo de la cultura en todas sus expresiones. La Asociación promoverá proyectos artísticos, facilitará el vínculo entre los distintos actores sociales, culturales, artísticos, de comunicación y estimulará la difusión de sus obras ante organizaciones, instituciones y medios de difusión sin fines de lucro. Incentivar el intercambio de conocimientos e información entre los diferentes sectores relacionados con el arte y la cultura tanto a nivel nacional como internacional, especialmente entre los países latinoamericanos.

Fomentar la creación de espacios y/o centros de investigación, financiamiento y difusión de las distintas expresiones culturales y artísticas. (Art. 2° de nuestro estatuto)